

## EL LABERINTO DE LAS SETAS

Siempre he pensado que octubre es un mes del que nadie quiere defenderse. Otros meses, sin duda, concitan simpatía, y mucha, pero me atrevo a afirmar que ninguno goza de una preferencia tan unánime como la alcanzada por este rojizo mes que ya se va, una vez encarrilado el otoño en dirección a la desnudez más bien invernal de noviembre. Al pasar nos ha entregado el declive grato de su luz y alguna cosa más que es de justicia agradecerle: por ejemplo, las primeras naranjas –las mejores– y la ocasión de salir, se diría, al puro concepto popular de bosque, a su arquetipo, al bosque donde uno no puede dejar de imaginarse recolectando setas.

Como todos los años, he acudido hasta cierto pinar de Bejís, en el interior meridional de Castellón, con el propósito de derramar algo de mi tiempo en la búsqueda de un hongo dulce, el mízcalo o nízcalo o rebollón o *esclatasang*, esa seta fácil de distinguir, democrática y benigna, que con tanta razón la ciencia botánica llama *Lactarius deliciosus*. Confieso que mis cosechas nunca alcanzan cantidades espectaculares; sin embargo, me dejan complacido, además de darme la oportunidad de tener la experiencia que paso a referir.

Me veo entrando en la fresca columnata de los pinos por ninguna puerta, pero de ese modo accedo a un laberinto, a un espacio que me va a separar del mundo durante unas horas; un dédalo, desde luego, sin muros y sin hilo del que tirar y, afor-

tunadamente, sin minotauro alguno que amenace o que deba ser vencido. El garabateo de los pasos sobre la tierra húmeda traza una red de pasillos con rumbo a algún gozoso hallazgo. Se trata de un laberinto afable y, sobre todo, voluntario. Nada que ver con los pasadizos fácilmente angustiosos de los enredos íntimos, por donde nos aventuramos con la obligatoriedad derivada de estar vivos y de estar despiertos. No se parece tampoco a la maraña tantas veces sentida como ajena de las ocupaciones laborales, las que recorreremos desplegando actos llenos de automatismo y tedio. Al buscar niscalos –la mirada puesta en los signos elocuentes del terreno que nos precede– vamos transitando un laberinto sin imperativos, de hecho vamos dibujándolo, libres, en la tierra y en el aire, y el resultado es una transparente confusión. No importa. Levantamos así una tregua muy dulce con nosotros mismos. Abrimos nosotros un paréntesis, sí, pero en él no somos los protagonistas. Lo es la seta oculta. De ahí que no haya pensamiento en la paciencia del mirar que genera la búsqueda. Podemos, entonces, abandonar tanto nuestro yo propio como el yo afanoso que entregamos a la exterioridad. Qué descanso.

Al describir ahora esta experiencia la percibo impregnada de un aire budista completamente inesperado, pedestre en realidad, y en los dos sentidos del adjetivo, por lo vulgarizado de ese budismo y porque nace de un deambular a pie. Ejercicio de desposeimiento como de andar por casa –de andar por el bosque–, no hay en él ninguna trascendencia, ni siquiera la metafísica aquélla de no pensar en nada del poeta Caeiro, demasiado consciente en el fondo. Semejante ejercicio permite, sin más complicaciones, no pensar en nada.

Imagino que a los miles de aficionados que estos fines de semana escrutan la geografía otoñal de los pinares los empujan motivaciones diversas, pero muchos sabrán de qué estoy hablando. En el rebollón recién descubierto miramos, silenciosamente, sus colores naranja y marrón, y su leve verde ferruginoso, y reconocemos en su aroma un frío de hojarasca. Nada más. Al cesto, y a seguir desplegando el lento laberinto. Octubre moribundo, por esta sola cosa, ya te añoro.